

sa de las montañas, y á empapar el alma y enriquecer el espíritu con las risueñas imágenes de la vida del campo. Allí sin duda es donde aprendió á pintar esos hermosos paisajes que tanto sobresalen en su magnífico cuadro de San Pedro mártir que hizo en Venecia para la iglesia de San Juan y San Pablo, y cuya escena pasa á la entrada de un bosque. El santo está derribado en el suelo por su verdugo, que ya le ha herido y va á redoblar sus golpes, mientras que el compañero de San Pedro, herido tambien en la cabeza, huye y parece dar espantosos gritos. Entretanto el glorioso mártir, en el momento de ser degollado, alza los ojos al cielo, y ve bajar con la palma del martirio en la mano á dos angelitos hermosísimos. En este cuadro ha llevado el Ticiano al mas alto grado la perfeccion en la disposicion de las ropas, y en todos los géneros de espresiones mas opuestas: la ferocidad, el terror, la fé, la gratitud y la gracia. El paisaje agreste y heróico á la vez sobre que

se halla esta hermosa pintura, bastaría para colocar al Ticiano en la primera categoria de los paisajistas. Asi el entusiasmo de los venecianos no tuvo límites. Un cierto Daniel Nil ofreció comprar el cuadro á los frailes dominicos mediante diez mil escudos. El senado prohibió, bajo pena de muerte, que se sacase aquella obra del territorio de la república. No salió, en efecto, sino por derecho de conquista: tres siglos mas tarde, cuando los franceses se apoderaron de Venecia, llevaron con otras obras preciosas de arte este hermoso cuadro al Louvre en 1798, y allí permaneció hasta 1816, época en que por el tratado de Viena fué restituido al gobierno austriaco, y vuelto á colocar en la iglesia de San Juan y San Pablo.

En 1527, Ticiano se hizo íntimo amigo de dos hombres que habian venido á establecerse en Venecia, y que debian influir poderosamente en su género de vida. El uno era un escultor famoso llamado Jacopo Sansomino, y el otro



Ticiano Vecelli.

un poeta mas famoso todavía, Pedro Aretino. Aretino era el hombre temible por su pluma en aquella época. El papa y los soberanos, tales como Carlos V, le consideraban. Aretino y Sansomino, acostumbrados á vivir en Roma, al fujo que entonces tenian los príncipes de la Iglesia, obligaron á su nuevo amigo á cambiar su método de vida. Hicieronle tomar numerosos criados, y trasformar su casa en una especie de agradable academia abierta á los amigos del arte. Frecuentemente comian juntos, tanto en casa del poeta como en la del Ticiano, cuya casa dirigia su hermana Orsa Vecelli desde que habia perdido á su muger. A estas comidas asistian los artistas mas célebres, los literatos mas famosos, y el amable anfitrión hacia los honores de la mesa en un delicioso jardín situado á un extremo de Venecia sobre la orilla del mar. Por medio de Aretino habia conocido Ticiano al cardenal Hipólito de Médicis, y por la recomendacion de este poeta fué llamado el pintor á Bolonia á fines de 1529, para hacer allí el retrato de Carlos V, que el papa Clemente VIII iba á coronar. Pintó Ti-

ciano al monarca en toda la altivez de su porte español, vestido con su armadura, montado en un soberbio corcel bayo que tascaba su freno. Encantado Carlos V con aquel retrato, que todos encontraban muy parecido, hizo regalar al Ticiano mil escudos; pero este tuvo que dividirlos con Alfonso Lombardi que se hallaba escondido en un rincon del taller del Ticiano, y que habia modelado un busto de Carlos V, arreglándose de tal modo que habia sido visto por el emperador.

Desde aquel momento los señores de la corte imperial, quisieron tener su retrato de manos del Ticiano; y por ejemplo, de dos generales de Carlos V, Antonio de Leiva y Alfonso de Avalos, marqués del Vasto: este último se hizo amigo del Ticiano, que conservó tan dulce afecto toda su vida.

Al volver el pintor á Venecia encontró á su compañero Pordenone, que ciertos caballeros elogiaban como un hombre sin igual, encargado de pintar un cuadro para la iglesia de San Juan de Rialto. El Ticiano miró con indi-

ferencia aquella especie de desaire, y se ocupó en pintar tranquilamente en la iglesia de Santa María de los Angeles una Anunciación, por la que pidió quinientos escudos. Cara pareció á los encargados de la fábrica de la iglesia esta suma, porque el Pordenone les ofrecía por doscientos escudos un cuadro de las mismas dimensiones: rehusaron, pues, el precio pedido por el Ticiano, y éste recogió su cuadro. Entonces el Ticiano lo regaló á la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, y ésta lo recibió con tal entusiasmo, que mandó regalar al pintor dos mil escudos. El Aretino felicitaba á su amigo de haber llevado la imagen de la reina del cielo á la emperatriz de la tierra.

En la segunda entrevista que el papa Clemente VIII y Carlos V tuvieron en Bolonia en 1532, fué tambien llamado á aquella ciudad el Ticiano. Allí se le prodigaron los mas grandes honores, é hizo un segundo retrato de Carlos V. Cuenta la tradicion que cuando este señor de dos mundos se distraía en ver trabajar al Ticiano, dejó caer un día su pincel el pintor, el cual recogió inmediatamente el César, diciéndole que el Ticiano era digno de ser servido por César. No se limitó el emperador á estas muestras de afecto, sino que le dió el título de escudero suyo, y le señaló una pension de cuatrocientos escudos sobre la cámara de Milán.

El Aretino, que habia acompañado á su amigo á Bolonia, quiso ser tambien presentado al emperador, lo que le fué muy fácil, porque allí habia tres personajes que eran sus amigos: el duque de Mantua, el duque de Urbino y el cardenal Hipólito de Médicis. Este último era legado del papa; mandaba las tropas pontificales, y tenia mas afición á las armas que á la púrpura romana. Se hizo pintar por el Ticiano del tamaño natural en traje húngaro, y cubierto de una brillante armadura.

El Ticiano llevaba la existencia mas feliz y opulenta. Tan pronto en Ferrara ó en Parma, tan pronto en Asti en el Piamonte, adonde le habia llamado Carlos V de vuelta de su expedición al Africa. En todas partes dejaba obras maestras de su talento, siendo casi imposible enumerar los retratos que hizo de todos los hombres de valía que brillaban en aquella época, y de los soberanos, como el rey Francisco I, el gran turco Soliman, el emperador Carlos V, con su severo hijo Felipe II, y su terrible teniente el duque de Alba, retratos todos de una belleza imponderable.

Acababa Ticiano de pintar en Venecia en la gran sala del Consejo, la batalla de Chiaradadda, cuando fué llamado á Roma por el papa Paulo III, que seis años antes se habia hecho pintar por él en Bolonia. El pontífice le ofreció el oficio del *Piombo*, es decir, del sello de la cancellería apostólica. Ticiano rehusó este empleo; pero cediendo á las instancias que el papa le hacia por medio del cardenal Alejandro Farnesio, marchó al fin á Roma en setiembre de 1545, acompañado de su hijo Horacio, siendo allí recibidos con grande magnificencia. A su paso por Urbino fué acogido con toda ostentación por el duque, que le hizo escoltar hasta Roma, donde tenia preparado un alojamiento en el Belvedere.

Apenas descansa algunos días en la ciudad capital del mundo, cuando comienza Ticiano el retrato de pie del papa. Aquel retrato lo pinta con tal vigor, con tal relieve, y tan prodigiosa verdad, que habiendo colocado su

lienzo sobre el terrado para darle luego el barniz, tuvo el placer de ver á cuantos pasaban, saludar la imagen del papa, creyendo que era el papa mismo.

En 1546 vuelve el Ticiano á Venecia. Allí le esperaban sus amigos, impacientes de tornar á emprender sus reuniones familiares, aquellas comidas íntimas y magníficas que el Aretino hacia propender siempre á la galantería, y en que el grave Ticiano conservaba siempre su severo porte: mientras sus dos amigos se dejaban arrastrar por los encantos de las Aspasia de Venecia, contentábase él con dirigirlas algunas chanzonetas, y darles solo el beso de Sócrates. Tenia entonces ya setenta años el Ticiano; empero aun le quedaban treinta por vivir; y su verde vejez le permitia manejar el pincel y soportar las fatigas de un viage. Dos veces, en 1548 y en 1550, fué llamado á Ausburgo por Carlos V, y dos veces fué allá acompañado de su hijo Horacio y de una brillante y espléndida comitiva. En el segundo viage á Ausburgo, pintó con su mano de septuagenario, pero vigorosa todavia, el retrato del príncipe que mas tarde asombró á la Europa con el nombre de Felipe II. Pintó tambien un nuevo retrato de Carlos V, del que sacaron copias el duque de Toscana y el duque de Sajonia, prisioneros del emperador.

Carlos V no tenia entonces mas que cincuenta años; pero se hallaba ya viejo, fatigado y triste. Despues de haber soñado con la monarquía universal, habia caído en el fastidio de la vida: la gloria le llevaba á la melancolía; aspiraba al silencio y á la soledad para aguardar la muerte. Ticiano estaba en el secreto de sus pensamientos: el emperador le habia llevado á Inspruck, donde compuso el gran cuadro de la Santísima Trinidad. Allí se ve á Carlos V, á su muger, á su hijo, y á los demás miembros de la casa de Austria, todos vestidos de blanco lienzo, orando con las manos juntas en la mas humilde actitud: la Iglesia, bajo las facciones de una matrona severamente vestida, empero de una brillante hermosura, los presenta á la Trinidad cual dignos huéspedes del paraíso. Carlos V manifestó al Ticiano que queria que aquel cuadro se colocase en el monasterio donde contaba ir á terminar sus dias, y cinco años mas tarde aquel precioso cuadro fué enviado á España, y acompañó el féretro del emperador desde el monasterio de San Yuste al Escorial. Carlos V, por decreto dado en Barcelona en 1553, creó á Ticiano, en recompensa de este cuadro, conde Palatino, caballero de la espuela de oro, y haciéndole noble á él y á toda su familia.

La abdicación y la muerte de Carlos V, no interrumpen las relaciones del Ticiano ni con Fernando, rey de los romanos, ni con Felipe II, que no menos afecto al pintor que lo habia sido su padre, no cesaron de tener ocupado aquel incansable pincel, á quien no bastaba á cansar el tiempo ni los años.

La muerte del Aretino, en 1557, es un golpe terrible para el Ticiano, que pierde en él un amigo de treinta años, casi un hermano. Para distraer su dolor hizo un viage al Frioul: visitó á Nicolás Franchipane en Trecento, y á Spilberg, señor de Ponte, cuya hija amó é instruyó; aquella Irene de Spilberg que todos los poetas italianos han llorado, y que habia tomado afición á la pintura viendo retratar á la célebre Sofonisba de Angüisciola.

Es imposible decir todos los cuadros que hizo Ticiano despues de la edad de ochenta años. Noventa años tenia



cundo fué Vasari á verle á Venecia, y lo encontró con la paleta en la mano delante de su caballete; porque si bien habia renunciado á las decoraciones de la sala del gran Consejo de Venecia, y habia elegido por órden del senado los artistas que debían reemplazarle, que fueron su hijo Horacio, el Tintoretto y Pablo Veronés, todavía formaba los cartones para los hermanos Zucato, hacia los dibujos para los frescos que debían pintar sus discípulos en la iglesia de Cadora, y aun tenia tiempo para dirigir el buril de Cornelio Cort, jóven grabador alemán á quien habia dado habitacion en su misma casa, y á quien se deben las estampas de los mejores cuadros del Ticiano.

El Ticiano era una de las grandes glorias de Venecia. Al pasar Enrique III, rey de Polonia, por aquella ciudad, cuando desertó de su trono, fué á visitar al Ticiano, que á los noventa y siete años todavía tuvo bastante fuerza para poder hacer en muy pocos dias el retrato de su real visita.

Parecia que iba á ser eterna aquella existencia consagrada á las artes, y que iba á ser duradera aquella mano que no hacia temblar un siglo, y que trazaba sobre el lienzo las imágenes con la misma fuerza y vigor que en la juventud. La peste, en el momento en que se ocupaba en pintar, no con serenidad, sino con mano resfriada y de doloroso presentimiento el descendimiento de Cristo de la cruz, cuadro de infinita tristeza, que fué respetuosamente acabado por Pabna el anciano, le arrebató la vida. Fué aquel un dia de luto para Venecia, y el senado, en honor de Ticiano, derogó la ley que prohibia hacer los honores fúnebres á los que morían del contagio. Colocáronse los restos del centenario artista en la iglesia de Frari. Cuarenta y cinco años despues de su muerte se le erigió un monumento que aun existe en la iglesia de San Juan y de San Pablo.

Son muchos los cuadros que existen de este célebre autor, ya en el museo del Louvre, que posee veinte y dos; ya en Roma en el palacio Borghese, ya en Florencia, sobre todo en Venecia en donde están en el palacio ducal sus principales obras, en Brescia, en Milan, en Parma, en Turin, en Munich, en Dresde, en Viena, en Londres, en Estocolmo, en Amberes; y en Madrid en el museo Real, en donde hay cuarenta, procedentes los mas del Escorial.

Sin dar aqui la larga nomenclatura de estos cuadros, no podemos menos de citar la *Ofrenda á la Fecundidad*, lindísima composicion enriquecida con una multitud de niños en las mas variadas actitudes: *Diana y Acteon*, *Diana y Calisto*, pintados á la edad de ochenta y cuatro años; *Venus y Adonis*, la *Fé católica*, refugiándose bajo la proteccion de España (alegoría), la *Arenga del marqués del Basto á sus soldados*, y la *Victoria de Lepanto*, gran composicion pintada por el Ticiano á los noventa y cuatro años. En el Escorial se conservan tambien diversos cuadros, aun quando jamás el Ticiano hizo el viage de España, segun lo comprueba la correspondencia del Aretino.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

LA MUERTE DE SAN BRUNO.

VISITA A LA CARTUJA.

Los recuerdos son el tesoro del viajero; por eso nosotros los evocamos á menudo para hacer participantes á los lectores del *Museo de las Familias* de las impresiones que en nosotros han producido ciertos lugares en las escursiones que hemos tenido ocasion de hacer por los diversos paises de Europa. Hoy vamos á hablar á nuestros lectores de la impresion que nos causó la vista de la gran Cartuja, cuna del órden de Cartujos, órden estendida en Italia, en España, en Suiza, en Alemania y en Inglaterra en tiempos de ardiente fé y religion. Aun se ostentan en España, aunque deteriorados, mas que por el tiempo por el espíritu destructor de los hombres y de las revueltas políticas, los magníficos edificios de las cartujas de Miraflores, del Paular, Jerez, Granada y Sevilla. Convertidas hoy en fábricas unas, abandonadas otras, y con mengua de la civilizacion, dejando perder preciosos tesoros artísticos todas, fueron en su tiempo objeto de la admiracion del mundo entero por las virtudes y la ciencia de sus habitantes, porque los cartujos han hecho mucho por la ciencia eclesiástica, y esto desde su origen. San Benito, al establecer sus monges en Europa, los habia consagrado á la salmodia y al cultivo de la tierra devastada por las invasiones de los bárbaros: el órden de San Agustin evangelizaba los nuevos pueblos. La vida activa del cristianismo se hallaba completamente representada por estas dos familias monásticas; empero era preciso instituir en Occidente la vida contemplativa: era preciso edificar sobre la montaña en las soledades del valle, santuarios donde Dios, segun la palabra de Isaias, tuviese encadenadas en la meditacion y la oracion á las almas elegidas y amantes, figuradas en el Evangelio por María sentada á los pies del Salvador Jesus, mientras Marta se agitaba solícita en las faenas exteriores.

En 1035, Dios hacia nacer en Colonia al hombre que debia inaugurar en la Iglesia el órden contemplativo por excelencia. La infancia de Bruno fué un modelo de candidez y sencilla piedad; el obispo San Anno le distinguió desde jóven, le dió un beneficio en una iglesia para favorecer sus estudios; pero Dios quiso mostrar su servidor á las mas célebres universidades, Bruno fué á la escuela de Reims, despues á la de París, que admiró su ciencia, su virtud, la elevacion de su carácter. Su reputacion no tardó en elevarle á las mas altas dignidades eclesiásticas. Despues de haber rehusado el arzobispado de Reims en 1080, se retiró con seis de sus compañeros á un desierto inmediato á Grenoble llamado la Cartuja, en 1084, donde fundó un monasterio, estableciendo la vida mas austera y penitente.

Las montañas tienen algo de sagrado en el cristianismo: los hombres pueden destruirlo todo, pero la montaña permanece cual un inmutable monumento de las transacciones entre los hombres y Dios. El Thabor, el Sinai, el Carmelo, la Cartuja, permanecen en pié, y el sol de la mañana visita su cumbre. Por la tarde, cuando todo oscurece, todavía se ve radiante su frente con los últimos rayos del astro del dia. Los cristianos han comprendido estas armonías divinas. ¡Cuántas almas que tienen necesidad de los

primeros rayos del sol de justicia se han retirado á la soledad de las montañas, y particularmente á la Cartuja!

Cartujos se llamaron los monges de San Bruno, por el sitio en que se habían retirado. Tuvo Bruno que salir de su retiro, llamado á Roma en 1089 por el papa Urbano II, de quien había sido maestro. Terribles eran los tiempos:

las malas costumbres en el seno mismo del clero, la simonía, las guerras, las revueltas, los cismas, las heregías, alzaban por todas partes su cabeza. Los consejos de Bruno sirvieron de mucho á Urbano II, que pacificó la cristiandad y proclamó las cruzadas. Bruno rehusó las dignidades que le ofrecía el papa, y echando siempre de menos sus



Le-Sueur.

queridas montañas, pasaba su vida en correr de un concilio á otro, y en resolver dudas, en vencer errores y en evitar embarazos y complicaciones. Esta época fué verdaderamente para él el tiempo de la penitencia y de la espriación. Por fin llegó el momento en que parecieron menos necesarios sus servicios para la Iglesia. Despues de haber

rehusado sucesivamente el capelo de cardenal y el arzobispado de Reggio, aceptó Bruno del piadoso duque Rogerio un rincon de tierra en el seno de las montañas, y no pudiendo volver á su Cartuja tan querida, fundó en las rocas de la Calabria un nuevo asilo imágen de aquel que tanto había echado de menos.



La muerte de San Bruno: copia del cuadro de Le-Sueur.

Había llegado el tiempo en que debía Bruno ir á recibir en el cielo la recompensa de sus virtudes y de sus trabajos. La muerte vino á buscarle en el seno de la oración y de la penitencia, á los once años después de su llegada al desierto de Calabria. Cuando vió aproximarse su último momento, juntó á su comunidad en derredor de su cama, é hizo una especie de confesión pública de toda su vida, á la que añadió una profesión de fé, que escribieron sus discípulos y que nos han transmitido. Respira la mas entera sumisión á las enseñanzas de la Iglesia. Entregó pacíficamente su alma á Dios el domingo 6 de octubre de 1102.

Tuvo por sucesor en el gobierno de la *Cartuja della Torre* á Lanuin, que fué particularmente estimado del papa Pascual II. Fué depositado el cuerpo de San Bruno entre el llanto de sus discípulos en el cementerio de la *Cartuja della Torre*.

El gran pintor Le-Sueur, cuya dramática y aventurera vida hemos contado á nuestros lectores en el tomo XV del *Museo* del año pasado de 1857, página 4, entre los veinte y seis cuadros con que adornó el claustro de la *Cartuja* de París, cuadros que hoy son el orgullo, la admiración de cuantos los visitan en el suntuoso palacio del Louvre, representó en uno de ellos la muerte de San Bruno. Damos una copia de este célebre cuadro á nuestros lectores. La escena representada en él, no se halla iluminada sino por una sola vela: este efecto de luz es de los mas asombrosos: el color es caliente, vigoroso, correcto el dibujo, los paños admirables. Cada uno de los religiosos, espresando á su modo el dolor que siente, forma en medio de aquella pobre celda un espectáculo encantador. Es uno de los mejores cuadros de Le-Sueur, y bastante él solo para colocarle entre los mas célebres pintores.

La órden de los cartujos, que ha encerrado el mayor número de santos desconocidos, que el mundo no era digno de conocer, no ha visto en ella de grande sino lo que estaba oculto y lo que no esponían sino á aquel ojo que todo lo ve, era admirable y digno de Dios. Si, sobre los Alpes, inexplorados todavía, hay flores que el hombre no puede coger, pero cuyos aromas recogen los ángeles para gozo de los elegidos. Después de la vida de la *Cartuja*, ¿qué muerte es la de estos santos religiosos? Espresada está por estas primeras palabras del oficio de la Iglesia: *Dilexi quoniam exaudiet*. Vestido con su túnica de lana blanca el cartujo, comparece delante del Supremo Juez con una inalterable confianza: ha amado.

La órden de los cartujos es el amor y la contemplación en la Iglesia. Con el amor sirven al Divino Maestro: á los demás monges se les podrá exigir el celo, la ciencia, los trabajos del apostolado, pero no exijamos de los cartujos mas que el amor; esa es la buena parte que eligieron, la parte de María la hermana de Lázaro. ¡Con cuánta complacencia nos detendríamos á espresar las impresiones que hemos sentido á la vista de la *Cartuja*! Quisiéramos poder nos detener á enumerar todos los títulos gloriosos de la órden de San Bruno y contar las hermosas vidas de San Anselmo, obispo de Belley, de San Hugo, obispo de Lincoln, y del gran cardenal Albercati, arzobispo de Bolonia, amigo y consejero de Martín V, de Eugenio IV, de Nicolás V y de Pío II, que fué tres veces embajador en Francia para llevar allí la concordia y la paz, que dirigió los concilios, reformó su clero y fundó aquella magnífica *Cartuja* de Flo-

rencia, donde el pontificado, el amor del pueblo y la gratitud de todos los sábios del renacimiento le levantaron un sepulcro. Quisiéramos detenernos en estos bellos recuerdos; pero penetremos en la *Cartuja*.

Para subir á la *Cartuja* hay que seguir á lo largo el torrente de Guier-Vif por un camino encerrado entre dos murallas de rocas tan pronto secas y desnudas, tan pronto cubiertas de grandes árboles y adornadas de una espléndida vegetación. Durante dos leguas no se oye mas que el murmullo del agua que se estrella entre las quebraduras de las rocas. Brillante espuma que se sepulta á doscientos pies de profundidad, y donde la vista la sigue curiosa para levantarse después hacia rústicas rocas, altas, perpendiculares y coronadas en sus puntas de pinos que parecen esconderse entre las nubes. Aquel camino estrecho, aquellas alturas, aquellas tinieblas, aquellas admirables cascadas que caen dando saltos, todo esto conduce á uno á la puerta del monasterio, sobre la que se ostenta la imagen de la Santísima Virgen y de San Bruno. El mango de la campanilla está formado de una pequeña cruz de madera: el pobre y el extranjero pueden llamar con confianza á todas las horas del día y de la noche; allí encontrarán la hospitalidad cristiana. Los dos estanques con surtidores de agua que hay en el patio, son un símbolo de las aguas que brotan en la vida eterna. La inmensa fachada que se despliega delante de uno, está reservada á los aposentos de los huéspedes. Este ancho corredor de trescientos ochenta y un pies de largo, sirve de vestíbulo al monasterio. A la derecha se encuentran las celdas de los empleados de la casa, el ecónomo, el superior de la hospedería, el confesor, el capellán; á la izquierda la capilla de familia donde se reúnen todos los días los monges y los criados para los ejercicios de piedad: la iglesia, edificio del siglo XV, solo es notable por su sencillez y aseo, la puerta que conduce al claustro pequeño: el refectorio gótico con un lindo púlpito esculpido, y por último la cocina y la despensa. En el fondo está la habitación del prior general, la biblioteca, los archivos, y encima los aposentos llamados la *Definición*, porque sirven á los definidores elegidos para preparar, discutir y definir las materias que han de ser objeto del capítulo general.

Al lado de estos edificios está el gran claustro formando un largo cuadro á que dan luz ciento treinta ventanas, y que la naturaleza del terreno ha obligado á construir sobre un plano inclinado. Tiene seiscientos setenta y tres pies de largo sobre setenta y dos de ancho, lo que constituye un circuito de mil cuatrocientos noventa pies. Las celdas de los monges, en número de treinta y seis, están colocadas al rededor, y separadas las unas de las otras por un jardinito. Cada una de esta especie de casitas tiene una alcoba, una salita de estudio, un laboratorio y una leñera. Los muebles son de pino blanco pulimentado. Este claustro, del que una parte data desde el siglo XIII, está dividido en tres patios; en medio está la capilla de los muertos y el cementerio en el que duermen en el sueño del Señor tantas generaciones de santos.

Hemos dado á conocer á nuestros lectores la casa, estudiemos los hombres que la habitan. Sigamos durante un día los ejercicios de un cartujo. Nosotros hemos permanecido allí tres días y los hemos visto con nuestros propios ojos.

El cartujo se levanta á las seis de la mañana, ora, va

al coro para el oficio de prima y la misa mayor conventual; dice despues misa en una capilla particular, y vuelve á su celda para ocuparse en piadosas é instructivas lecturas. Hacia el medio dia le traen su comida, que colocan sobre un torno á la puerta de su celda, y come solo y en silencio, porque los cartujos no comen en comunidad en el refectorio sino los domingos, los dias de gran festividad de la Iglesia y el dia de los funerales de sus hermanos, dia de fiesta para esos ángeles de la tierra, no hay uno de ellos que no haya roto sus vínculos con ella y que no se haya vuelto á Dios. Despues de la comida en el verano, el paseo en el jardin y el cultivo de las flores: en el invierno partir la leña, preparar lo que es necesario para la provision del dia, arreglar y ordenar todo lo de su aposento, despues se comienzan nuevas horas de rezo y estudio. A las seis la colacion, y acostarse. A las doce el oficio de la noche, los maitines. Los religiosos se colocan en sus sillas en el coro, como aquellas estatuas de mármol que parecen orar sobre los sepulcros, y cantan las alabanzas del Salvador: piadoso concierto en que se distingue la vibrante voz del hombre que todavia sube la escala de la vida: y la cascada voz del que va bajando rápidamente los escalones de la muerte, se eleva hasta Dios. Aquellos solitarios, olvidados del mundo solo se acuerdan de él en sus oraciones: no conocen ni aun el nombre del rey sino por las oraciones de la Iglesia. Tienen súplicas y plegarias para todos los dolores de la humanidad. En medio de la noche invocan al Señor: á la hora en que el placer enciende sus antorchas para los festines y las orgías, encienden las velas del altar: á la hora en que el malvado medita su crimen, ó siente el culpable sus remordimientos, ó el pobre padece sin luz y sin amigos, oran á Dios por el pobre, por el culpable, por el malvado!!

Y estas oraciones se perpetuan de siglo en siglo siempre las mismas: la muerte no ha sido bastante poderosa á dejar vacías las sillas de la salmodia; las revoluciones han cambiado los imperios, pero no han podido cambiar un pensamiento en aquellas almas santas, una palabra en aquellos himnos, un pliegue en aquellas blancas túnicas de tosca lana.

Los aludes, esas grandes masas de nieve desprendidas de lo alto de las montañas, han destruido el primer monasterio de San Bruno. Guigo, quinto prior general, lo hizo reconstruir en el sitio donde se halla hoy: los incendios y las guerras de religion lo derribaron de nuevo, y el padre Masson ayudado de un cartujo arquitecto, le dió la imponente y severa forma que hoy tiene. A todo el mundo se da por tres dias hospitalidad en el monasterio, sea pobre ó rico.

Es imposible al pasar un dia en la Cartuja, no meditar sobre los verdaderos intereses del alma, y no gustar al menos en aquel dia, las alegrías de la paz y los consuelos del corazon, y unir su voz á aquellas voces que solo se alzan para alabar á Dios ó saludar á sus hermanos con una espresion recuerdo de la muerte.

EL CONDE DE FABRAQUER.

PARÍS, LONDRES Y MADRID. (1)

XVI.

Paris, febrero, 1856.

De dos á cuatro de la tarde, en esta estacion, es la hora á que mas concurrido está y mas brillante el jardin de las Tullerías. *Le beau monde* (la gente elegante) suele dar una vuelta á pie por sus frondosas alamedas de tilos y de castaños colosales, antes ó despues del habitual paseo á los Campos Elíseos y al Bosque de Bolonia, á donde necesariamente se va á caballo ó en coche, porque está algo lejos. Salvo en algunas hermosas mañanas de mayo, cuando los naranjos recién sacados de sus estufas embalsaman el ambiente con las suaves emanaciones del azahar, y el deleitoso jardin se puebla de innumerables bandadas de niños primorosamente vestidos que, vistos á lo lejos entre los árboles, unas veces semejan flores vivas y otras veces bulliciosos pajarillos de los trópicos; salvo tambien en algunas tardes calurosas de verano, cuando las brisas del rio convidan á disfrutar del fresco en la terraza del muelle, no observo que las gentes gusten de estar aquí, como nosotros en nuestro polvoroso Prado, dando vueltas y mas vueltas como en una noria.— Tampoco observo que les guste en esta estacion pasear á la caída de la tarde, entre dos luces, cuando el frio enrojece las narices y paraliza las yemas de los dedos. Aquí, puesto el sol, cada cual se retira á su casa ó á las agenas. Recuerdo que así sucedia en Madrid años atrás y que, de dos á cuatro, en los hermosos dias de invierno, nuestro Prado estaba brillantísimo. Ahora no solemos bajar al Prado hasta las cinco, hora en que el relente afea aun á las mas hermosas, que en cambio tienen la ventaja de esponerse á coger una pulmonía.

El paseo de las Tullerías presenta un aspecto particularmente aristocrático, en razon á que los centinelas de sus verjas no dejan entrar en él á nadie con gorra ó blusa, ¡el traje del pueblo! Por regla general, aquí las clases se confunden menos unas con otras que en nuestro pais, el mas democrático del mundo, á lo que creo. Otra particularidad de este y de los demas jardines públicos de París, con respecto á los nuestros, es que no solo sirven para pasear sino para leer y para comer. No creo que haya pais en el mundo donde mas se atienda á satisfacer las necesidades del espíritu y del estómago, y sin embargo, por regla general, los franceses no son comilones. Segun una espresion suya, difícil de traducir, no son *gourmands*, pero son *gourmets*,—lo que viene á significar que no son tragones, pero que les gustan las golosinas ó mas bien los *apetites*, vocablo gastronómico de nuestros abuelos que hemos dejado anticuarse, no sé por qué. Esta gente está siempre dispuesta á tomar un pastelito, á beber una copita de Burdeos; así es aquí tan prodigioso el número de pastelerías y de fondas. Igualmente necesitan estar siempre con un periódico, un folleto ó un libro en la mano, y así no se puede dar un paso sin encontrarse un gabinete de lectura ó un simple puesto de periódicos.

(1) Véanse los números de enero, febrero, marzo y abril, páginas 20, 41, 51 y 86.

dicos y novedades literarias. En el jardín de las Tullerías hay varios, y nada es mas comun que encontrarse en lo mas sombrío de las arboledas ó en la linda floresta llamada *la petite Provence*, una multitud de damas paseando románticamente con un libro en la mano, como no sea ver á esas mismas damas ó á otras y á otros acercarse á la escelente fonda contigua á la terraza que mira á la calle de *Rivoli*, y tomar en ella un tente-en-pie.—No una fonda sola, sino treinta ó cuarenta habrá de seguro en los Campos Elíseos y en el Bosque de Bolonia, sin contar los cafés, y siempre estos establecimientos están cuajados de consumidores. En las noches de verano, estos cafés dan grandes conciertos al aire libre y toman el nombre de *Cafés-cantantes*. Para particular diversion de los niños, las niñas y los soldados, que aquí en lo general son unos inocentes, en especial los de infantería, van con la gorra muy echada atrás y se los designa con el apodo de *piou-piou*, hay en toda la estension de los Campos-Elíseos multitud de teatrillos de muñecos (*marionettes*), que representan farsas tradicionales cuyo origen, segun dicen, viene de Italia. Hay ademas una infinidad de juegos de sortija, barcos, columpios, etc., y por último un hermosísimo *jardín de invierno*, cuya entrada cuesta una peseta.

A la derecha de los Campos Elíseos, yendo hácia el arco de triunfo de la Estrella, se estienden los jardines del Eliseos y á la izquierda el magnífico palacio de la Exposicion, del que nada diré, porque ¿quién no le conoce por las innumerables descripciones que de él se han hecho? Al mismo lado y poco despues se encuentra el elegante *hótel Lauriston*, que habita la señora condesa del Montijo cuando viene á visitar á sus augustos hijos.

De todos los paseos públicos de París, el mas alegre es los Campos Elíseos; el mas elegante las Tullerías. Uno y otro, sobre todo el primero, son como el paraíso de los niños, que á todas horas del día, cuando no llueve, pueblan en innumerable muchedumbre sus frondosas arboledas, coreteando con sus aros y sus pelotas de viento entre las estatuas de mármol, algunas de mucho mérito, que decoran aquel encantado jardín, ó bien botando al agua toda clase de barquitos en sus espaciosos estanques. Un jardín sin estanques, sin estatuas y sobre todo sin niños, me parece un bañe sin señoras, una primavera sin flores.

Y ahora viene á punto decir que los niños, y particularmente los niños hermosos, son aquí objeto de una especie de idolatría que (lo creo de buena fe) es una de las cosas que mas honor hacen al carácter de este pueblo. Nada prueba mas, á mi juicio, la bondad nativa de esta gente, que esa especie de ternura con que todo el mundo trata aquí á los niños. No se puede ir por las calles con uno de ellos de la mano, por poco bonito que sea, sin que hasta los mas toscos jornaleros se queden mirándolos y les cedan la acera, y les digan alguna palabra cariñosa, como se acostumbra en Madrid con las buenas mozas; aquí, en cambio, se guardan muy bien de requebrar á éstas, como no sean de su clase, y aun eso, únicamente cuando no van acompañadas de algun hombre... A las mugeres, sobre todo, se les van los ojos tras de los niños. Para recreo esclusivo de estos pequeños ciudadanos se escriben aquí multitud de libros, se sostienen varios teatros;—y sin embargo, como los hombres son siempre y en todas partes, un abismo de contradicciones, aquí las madres no suelen criar á sus hijos, los

envian al campo durante la lactancia y hay casas, muchas casas que no puede uno tomar sin someterse á la dura condicion que le impone el casero de no tener en ellas niños ni perros! A eso llaman aquí una casa *bien tenue*, vocablo tambien de significacion compleja que espresa á la vez las ideas de aseo, perfecto orden, cierta elegancia y que sé yo cuantas otras más.

Uno de los mayores atractivos del jardín de las Tullerías es la hermosa vista que desde su centro se disfruta, volviendo la espalda al palacio. En primer término, la soberbia *Plaza de la Concordia* con su obelisco egipcio rodeado de estátnas colosales que representan las principales ciudades de Francia. A la izquierda el palacio Borbon, precedido del puente de la *Concordia*, flanqueado tambien de dos hileras de estátnas modernas de franceses célebres. Este pueblo, como el de Lóndres, puede aprender la historia de su pais paseándose por las calles. En Madrid, fuera de las de algunos reyes, tenemos la estatua de Cervantes y muchas gracias!—En el fondo, tambien á la izquierda, se vé á lo lejos la cúpula del inmenso cuartel de los Inválidos, honor de Luis XIV.—A la derecha se alzan el ministerio de Marina y el Guarda-muebles de la corona, edificios gemelos que forman la entrada de la grandiosa calle Real, cuyo fondo ocupa la fachada de la Magdalena, templo griego disfrazado de iglesia: luego se extiende la vista por los Campos Elíseos hasta el Arco de la Estrella, obra de gigantes. Torciendo á la izquierda de dicho arco se entra en la nueva *Avenida Eugenia*, obsequio imperial, Augusta galantería hecha por Napoleon III á su hermosa consorte, y digno ingreso á las recientes maravillas del Bosque de Bolonia;—recientes, digo, porque el actual emperador las ha hecho brotar del suelo en brevísimo tiempo, como por arte mágica. Allí ha *creado* rios, islas, grutas, selvas, lindos *chalets* suizos:—no parece sino que este gran monarca posee una *varita de virtudes*, con la cual se dice que va á convertir á París en puerto de mar!... Broma parece, pero si S. M. se empeña, lo hará, como ha concluido el *Louvre*, y la calle de *Rivoli* y los nuevos *boulevards*, empresas que durante siglos se habian considerado como quiméricas.

Y á propósito del *Louvre*, no puedo menos de consignar aquí una observacion que me parece muy instructiva para nosotros los españoles. Las preciosas obras de artesonado hechas nuevamente en las salas de este palacio destinadas á *Museo* de Bellas Artes, llevan la cifra R. F. que son como la firma que ha puesto en ellas la República francesa... Es decir, que aun durante los aciagos dias transcurridos desde febrero de 1848 hasta diciembre de 1852, cuando los *rojos* ponian diariamente con sus delirios á esta sociedad á dos dedos de su ruina; cuando se daban en las calles batallas tan tremendas como la que el general Cavaignac ganó á los insurrectos de junio, las obras públicas,—no ya las de primera necesidad, sino las de ornato y alta cultura, continuaban aquí como si tal cosa. Es decir tambien que una asamblea republicana, presa de las mas ardientes pasiones políticas, votaba entre los aplausos del pueblo, cuantiosos créditos para decorar la antigua mansion de los reyes. Es decir, por último, que el gobierno semi-absoluto que siguió al de la revolucion, respetó la gloria nacional ganada por su antecesor, dejando subsistir en las obras hechas en su tiempo la cifra republicana, que hoy alterna en las fachadas, como en las